

triumfante al corazón de la Capital, entró pisando en todo su camino cadáveres de insignes patriotas: y cuando ese pueblo se vió, por falta de dirección y de energía de sus Gobiernos, á merced del vencedor, se entregó á todos los extremos de una desordenada pero patriótica exaltación. Apenas las tropas de Quitman acababan de llegar á la Plaza de Armas y de enarbolar en el asta-bandera del Palacio Nacional el pabellón americano, el indignado pueblo rompió sobre los invasores fuego graneado de fusilería desde las esquinas de las calles y desde las puertas, balcones y azoteas de algunas casas, é hizo caer de donde pudo y como pudo un diluvio de piedras. Aquel arranque de desesperación fué tan imponente que el Gral. Worth llegó á mandar hacer fuego con sus obuses y hasta con las piezas de sitio sobre las casas de donde salían los disparos, y el Gral. Scott se irritó hasta ordenar que esas casas fuesen voladas con pólvora: multitud de ellas fueron abiertas á hachazos, se hizo avanzar á la infantería por sus azoteas, se redujo á prisión á muchos vecinos y se fusiló á los que se tuvieron por culpables. Las fuerzas de Quitman, sigue diciendo Roa Bárcena, fueron hostilizadas por el pueblo, lo mismo que las de Worth. El 2 de Infantería, al mando del Capitán Morris, escoltaba al Capitán de Ingenieros Lee, enviado en comisión del servicio á la garita de San Antonio Abad: á tres cabeceras de distancia del Palacio, hacia el Sur, empezó el pueblo á hacerle fuego desde las calles transversales y desde azoteas y campanarios, arrojándole también piedras y ladrillos. Morris tuvo que dividir su fuerza, que allanar casas, que perseguir por las azoteas á sus contrarios y que rechazar en las calles los ataques de alguna caballería, y al cabo de *seis horas* de lucha y con veintiocho bajas, el expresado cuerpo, falto de municiones, se vió en la necesidad de retroceder á Palacio. El tiroteo duró todo el día 14 y parte del 15. En su lugar dije que el Capitán Roberts del Regimiento de Rifleros, fué el designado para enarbolar la bandera americana en el Palacio Nacional; en esa operación le ayudó, dícese que obligado por Roberts, el guarda mayor del alumbrado, Pomposo Gómez; esto bastó para que nuestro pueblo le cobrase rencor y aborrecimiento, y pocas noches después, Pomposo Gómez fué sin misericordia asesinado. Dije también que la misma mala muerte encontraron, durante toda la ocupación del invasor, cuantos soldados americanos se alejaban del centro y se metían en los barrios. Todo esto fué censurable, salía de las leyes y costumbres de la guerra, pero indica que no faltaron á nuestro pueblo el arrojo y la virilidad.

Vino la paz, marcháronse los invasores sin salir, pudiera decirse, de nuestro territorio, pues lleváronse de él más de la mitad, y todavía no cesaron las venganzas ó justicias populares. *El Siglo Diez y Nueve* del 3 de Junio de 1748 dijo en su gacetilla: "En el pueblo de San Angel han sido selladas y rapadas, no sabemos por quien, varias

mujeres públicas, de las que trataban con los soldados del Ejército Americano, estacionados allí." El mismo periódico decía en su número de 7 del mismo mes: "Ayer, diversos grupos de pueblo, en diferentes parajes de la ciudad, han perseguido, apedreado é injuriado á varias mujeres, acusándolas de haber tenido relaciones con los americanos. Hace días referimos hechos semejantes y todavía más graves, acaecidos en San Angel. Aunque tales hechos reconocen un principio noble, creemos que el buen sentido de nuestra población, le hará abstenerse en lo de adelante de semejantes actos de justicia popular."

En cambio de estos castigos crueles, ese mismo pueblo derramó su compasión y su gratitud en los míseros sobrevivientes irlandeses que formaron la Compañía de San Patricio, y con tan grandes valor y heroísmo se batieron con los mexicanos y por México en Churubusco: allí fueron hechos prisioneros por los americanos, en las acciones del 20 de Agosto, en número de cincuenta y nueve. La Corte Marcial reunida en Tacubaya el 8 de Setiembre, condenó á veintinueve de ellos á ser ahorcados: por circunstancias atenuantes, dice Roa Bárcena, el general en jefe conmutó á nueve de ellos la pena de muerte en la de "cincuenta azotes con un látigo de cuero, bien aplidos sobre las espaldas desnudas de cada uno," y marca de la letra *D* con hierro candente en el rostro: los otros veinte, fueron ahorcados en San Angel el 10 de Setiembre y los treinta restantes, sufrieron igual pena en Mixcoac el 13 de aquel mes. Al ser llegada la paz, el periódico americano *La Estrella* dijo que los prisioneros que de la Compañía de San Patricio quedaban y su Capitán Riley, serían llevados á Nueva Orleans y licenciados allí ignominiosamente. Todo México intercedió por ellos y suplicó al Gral. Butler, los indultase poniéndolos en libertad y dejándolos quedarse entre nosotros. El jefe americano concedió lo que se le pedía, y el citado *Siglo* dijo en 7 de Junio: "Ayer, un prisionero de San Patricio, con certificación de serlo, mendigaba en la calle de Tacuba, y, con lágrimas en los ojos, mostraba en su rostro á los transeuntes, la marca que dejó en él el hierro enrojecido. Nuestro honor está interesado en que tal hecho no se repita, y sobre él llamamos la atención del Sr. Gobernador del Distrito, y excitamos de nuevo la gratitud de nuestros compatriotas en favor de esos desventurados prisioneros."

Uniéndolo á la excitativa el ejemplo, *El Siglo* se suscribió desde luego con cincuenta pesos y los segundos nombres en la lista fueron los de la niña Estefanía Labat, con un escudo de cuatro pesos, y los jóvenes D. Alfonso y D. Lorenzo Labat, alumnos del Gimnasio Literario francés, con ocho pesos cada uno. El éxito de aquella suscripción fué en aumento cuando *El Siglo* publicó alarmado lo siguiente: "Hemos oído decir, que el Capitán de la Compañía de San Patricio

ha pedido al Sr. Gobernador del Distrito una especial protección para los soldados de esa Compañía, porque algunos amigos suyos que pertenecen al ejército americano le han dicho que se trata por otros del mismo ejército, de darles muerte." Entre los donantes figuraron D<sup>a</sup> Victoria Rull de Pérez Gálvez con cien pesos y D. José Gómez de la Cortina con cincuenta. Diré para concluir con este asunto que sólo incidentalmente he tocado, que la cantidad que se reunió y depositó en la librería de D. José María Andrade, sita en el Portal de Agustinos, fué distribuída entre los siguientes individuos: John Little, John Bartez, John Whitton, John Murphy, Alexander Mc. Kee, Peter O'Brien, Charles Willams, Samuel Thomas, John Mc. Cornick, James Miller, John Hamilton, James Kelly, Edward Ward, Thomas Casidy y William Akles: la distribución la hizo el Capitán John Reilly. Ignoro lo que después se harían aquellos infelices, especialmente los marcados por los americanos con el hierro hecho ascua; sólo sé, porque lo dijo *El Siglo*, que no siguieron figurando en la Compañía de San Patricio de fuerza de más de cien hombres, que durante algún tiempo mantuvo el Gobierno y fué un constante semillero de desórdenes, disgustos y delitos. Volvamos ya á nuestra interrumpida revista de espectáculos en 1848.

El 2 de Agosto se verificó el beneficio de D<sup>a</sup> Magdalena Massini de Sirletti, contralto, que cuando formó parte de la Compañía de Galli, había causado entusiasmo en *Tebaldo*, *Tancredo* y la *Donna del Lago*, y entonces, cargada de años y de pesares, apenas pudo cantar el aria de *Romeo* de los *Capuletos* de Bellini.

De los diez y siete números del inconmensurable programa, ocho corrieron á cargo de los saltimbanquis Turín y Derveloi, y dos al de la Srita. Guadalupe Barrueta, que por primera vez se presentó en público á cantar la *Polaca* de los *Puritanos* y una aria del *Nabucodonosor*. Valletto representó *Los amigos del día*, y Blanchardi, Balderas y Aduna, tocaron diversas piezas en el corno inglés, el piano y la flauta. La Moctezuma bailó la *cracoviana*.

El buen éxito de este beneficio, animó á la distinguida María de Jesús Zepeda y Cosío á dar otro el 9 de Agosto, acompañada al piano por Sebastián Ibáñez y con el concurso de la Srita. María de Jesús Mosqueira. "El público, dice un periódico, salió satisfecho de la Srita. Mosqueira, cuya voz, aunque no tan robusta y extensa como la de su compañera la Zepeda, es sin duda mucho más flexible." La orquesta estuvo dirigida por D. Agustín Caballero, que más feliz que los Directores de nuestros Conservatorios de hoy, presentaba á cada momento discípulos aventajadísimos.

Gracias á esta su habilidad ó fortuna, pudo México formar entonces una más que regular Compañía Nacional de Opera, ya que no logró traerla de Italia, como para ello invitó al público Francisco Pa-

vía, el 19 de Agosto, á nombre de la Empresa de que era Representante, proponiendo una suscripción consistente en que, por una sola vez, cada propietario de palco contribuyese con 200 pesos, y cada abonado á luneta con 25, hasta el completo de 12,000 pesos, que fué lo que se calculó necesario para contratar cantantes en Europa y ponerlos en México; la Empresa dijo que, por su parte, se suscribiría con . . . 1,000 pesos; mas los invitados por Pavía, acudieron en tan corto número al llamamiento, que la Empresa avisó en los primeros días de Setiembre, que por entonces era imposible contar con esa diversión. Este fracaso, el buen éxito de los grandes conciertos á que ya me referí, y el muy bueno del que en 20 de ese mes dispuso la Junta Patriótica para allegar recursos en favor de las viudas y huérfanos causados por nuestras guerras, animaron á los interesados á hacer un ensayo, y en la noche del 27 fué cantada en el Nacional la *Norma*, de Bellini, por la Cosío, la Mosqueira y Solares, Zanini y Ayala. El primer acto obtuvo una soberbia interpretación por las dos estrellas mexicanas, que fueron coronadas en medio de estrepitosos y merecidos aplausos.

El entreacto que se siguió hubo de prolongarse más de una hora, y cuando los concurrentes empezaban á manifestar su impaciencia, se alzó el telón y un actor se presentó á decir que no se podía continuar por haberse repentinamente enfermado la Srita. Cosío. Mucha parte del público, aunque muy contrariada, se dispuso á retirarse, pero el resto no se conformó, y armó en pocos momentos una gresca estrepitosa que duró cerca de media hora; el motín tomaba un serio aspecto; los gritos, el ruido, la batahola aumentaban por instantes, cuando volvió á levantarse el telón y se anunció que la Srita. Mosqueira, á pesar de que no sabía muy bien el papel de *Norma*, se prestaba gustosa á desempeñarlo por complacer al público. Esta noticia fué recibida con ruidosos aplausos, y siguió, en efecto, la ópera, suprimiéndose el dúo de *Norma* y *Adalgisa*. La Mosqueira cantó magníficamente la parte de la protagonista, cosa tanto más notable, cuanto que lo hizo sin estudios y sin ensayos, y fué por ello, objeto de una calurosa y merecidísima ovación. Los Médicos D. Matías Béistegui y D. Francisco Breakenridge, certificaron que la indisposición de la Cosío consistió en una congestión sanguínea al cerebro, que la privó de los movimientos y de la voz. Por fortuna, ese ataque pasó á las pocas horas, aunque la convalecencia duró muchos días.

Repuesta al fin la interesante artista, el 11 de Octubre volvió á ser cantada la *Norma*, con mucho lucimiento. A esa ópera siguió la *Lucrecia Borgia*, y á ésta la *Sonámbula*, cantando la Srita. Guadalupe Barrueta la parte de *Amina*, y la Srita. Ramona Cabrera la de *Lisa*, acompañadas por otro distinguido aficionado, el Sr. Flores, discípulo también del Maestro Caballero, y por Solares y Zanini. A su vez

en Puebla apareció una distinguida aficionada, la Srita. Muñoz, que parece tuvo una voz hermosísima.

En el ramo de verso, la empresa, que estaba entonces formada por los Sres. Pozo y Lasquetty, obtuvo buenas utilidades con las muy frecuentes representaciones de los *Misterios de París*, *La Pata de Cabra*, *El Mágico de Serván*, *El Serrallo de Tanger*, *Los húsares de la muerte*, *Don Juan Tenorio* y otras obras de aparato y de espectáculo, y con el conmovedor drama *El 16 de Setiembre ó la Justicia de Dios*, estrenado el domingo 10 de ese mes. El anuncio de ese drama en cuatro actos y un cuadro, excitó vivamente la curiosidad, creyendo algunos encontrar en él un recuerdo de las cosas de nuestra patria, como dijo *El Siglo*, que añadía: "Temerosos estaban por demás los que esto creían, de cómo desempeñaría el autor un asunto sobremanera difícil y peligroso de tratarse: . . . á las primeras palabras del drama se desvanecieron los escrúpulos, nadie pensó ya ni en Dolores ni en el Cura Hidalgo, y los recuerdos de la insurrección y de la Independencia Mexicana hicieron lugar á hechos que pasaban en Francia y que en vez de afectar á una nación tocaban sólo á una familia." El público no se ofendió del chasco que le jugó la empresa, y aplaudió con entusiasmo el conmovedor drama francés, una de cuyas principales escenas ocurría en la noche del 16 de Setiembre de mil ochocientos y tantos, y la obra figuró mucho tiempo en los carteles, con gran contento de los concurrentes á sus representaciones y pingües provechos para la empresa.

Esta, sin embargo, no supo corresponder al favor del público, y ni reforzó su Compañía según tenía ofrecido, ni renovó su repertorio de viejas obras, ni demostró buen criterio en la elección de las nuevas, y por tales causas la sala del Nacional llegó á ser convertida por los cócoras en una plaza de toros, por lo que hace á la grosería y mala educación que en esos casos reemplazan al buen humor y la alegría. En la representación de *Mentira y verdad*, de Scribe, verificada el domingo 5 de Noviembre, el público quedó disgustado del primer acto, comenzó á meter ruido con los bastones á la mitad del segundo, y al tercero creció el ruido á tal extremo, "que—habla el *Siglo*—ya no se oía lo que hablaban los actores: entonces se entabló una reñida pugna entre los descontentos y los que, más pacíficos, querían que se acabase la comedia. La sala de espectáculos se convirtió en un campo de Agramante; al incesante ruido de los bastones y de los pitos, á las voces de *telón, telón*, se contestaba con los gritos de *afuera, afuera*, de los amigos del orden.—Al que no le guste que se vaya—exclama uno de ellos desafortunadamente.—Ya—observa al punto otro,—pero que nos vuelvan nuestro dinero.—No queremos irnos—contestan á coro los cócoras. Y el bullicio continúa, y la algazara se hace general, y el tercer acto concluye sin que nadie pudiera darse ra-

zón de lo que en él había pasado. Ya desde entonces era evidente que la comedia, como casi todos nuestros gobiernos, acabaría tristemente su carrera á la mitad de su existencia, á impulsos del espíritu revolucionario. En efecto, en cuanto comienza el cuarto acto, llega á ser insoportable el ruido que hacen los alborotadores, cuyo número crecía por momentos, bien fuese porque arrastraba el convencimiento de los demás, ó bien por las ventajas que siempre presenta pertenecer al partido de la oposición. Los actores, aunque con la mortificación que debe suponerse, habían hecho frente al chubasco por más de una hora y permanecido allí impertérritos. Pero no había ya modo de que continuase la comedia. Por fin la Sra. Peluffo se decide á no seguir representando, calla y no hace caso del apuntador, y después de un momento de pausa el telón descende majestuosamente entre ruidosos aplausos; la familia del empresario se apura, temerosa de un desaguisado; el Juez de teatro se refugia prudentemente en el cuarto contiguo al palco municipal; los cócoras no se dan, sin embargo, por satisfechos, permanecen en la sala y se empeñan en que se les ha de dar una pieza de baile. La empresa se hace sorda, los músicos se retiran y el alumbrado comienza á ser apagado. Los alborotadores que esto miran, se apoderan de los cojines de varios asientos y los arrojan por lo alto: los demás imitan su ejemplo y al punto vuelan cojines en todas direcciones.

"Los concurrentes á la galería alta no quisieron ser menos mal educados que la *gente decente*, y á su vez tiraron al patio sus cojines, no sin lesión de algunas personas desprevenidas que no evitaron á tiempo el golpe. Ocurrióle de pronto á un cócora el dirigir aquellos proyectiles contra la inofensiva lámpara; propúsole á los revoltosos de arriba, quienes poniéndolo en práctica con aplauso, empezaron el ataque, logrando asestar dos ó tres cojinazos á aquella: entonces, á semejanza de ciertos guerreros que buscan donde esconderse cuando los amenazan los peligros de una batalla, comenzó á subir la susodicha lámpara, apresuradamente, hasta ponerse á cubierto de las asechanzas de sus gratuitos enemigos. Pero animados los de la galería alta con el calor del combate, no se conformaron ya con tirar sólo los cojines, sino que se echaron sobre los taburetes, sobre las sillas, sobre cuanto encontraron á mano, y todo lo arrojaron al patio, ocasionando un destrozo poco grato al bolsillo de los empresarios.

"Así se continuó todavía por algún rato; al fin, agotadas las municiones y cansados los combatientes, cesaron los estragos y se retiró la gente del campo de la acción.

"Tales fueron los acontecimientos de aquella noche, referidos con verdad y exactitud, contra la costumbre de los que escriben de historia."

Para congraciarse con el público, la Empresa exhumó la comedia

de magia *La Pata de Cabra*, "comedia — dijo *El Siglo*, — que ha tenido también su primera y segunda época, como ciertos Gobiernos, ciertos periódicos y ciertos consumidores de nuestra Independencia, y lo hizo con gran lujo de decoraciones y trajes, y con originales y bellas tramoyas. Castro caracterizó con mucho talento el *Don Simplicio*, y todo habría salido inmejorable, si la lluvia de fuego de las fraguas de Vulcano no hubiera sido tan insoportable que casi ahogó á la gente con el humo y el olor del azufre."

Todo ello no bastó para que los espíritus recobrasen la perdida calma y los tiroteos no cesaron entre el público y la Empresa, y aun llegaron á estallar entre los mismos concurrentes.

En uno de los primeros días de Diciembre hicieron circular con profusión diversas *ensaladillas*, género de composiciones satíricas casi propio de México, rebosando de gracia y de donaire: las alusiones que hacíanse en ellas á las familias concurrentes al teatro, eran casi siempre saladas é ingeniosas; pero como se referían en su mayor parte á la vida privada, originaban grandes disgustos entre los que veían sacar á plaza sus flaquezas ó debilidades, presentadas bajo un punto ridículo ó difamatorio.

Con motivo de alguna de las susodichas *ensaladillas*, sucedió en los primeros días de Diciembre que acabo de indicar, que uno de los ofendidos, equivocando la persona del autor, la tomó con otro individuo que no se había metido en nada, y en pleno teatro armó una zambra de bofetones, que hizo creer que estaba para repetirse el escándalo del 5 de Noviembre anterior.

Podría trasladar aquí, como una curiosidad, algunas de las coplas, en las cuales casi siempre se aplicaba á la familia ó persona objeto de ellas, algún título de las comedias en boga, resultando las más de las veces una exacta y sangrienta burla; pero existen ó herederos ó sucesores de los individuos en ellas criticados, y no me parece caballeroso mortificarlos reviviendo memorias de sus vicios ó defectos.

Para celebrar á su modo la Noche Buena de 1848, la Empresa ofreció á sus abonados el 24 de Diciembre, una función en que se representaron las piezas en un acto *Las Esposas Vengadas* y *El Triunfo de las Mujeres*, y la tonadilla *Los Maestros de la Rabosa*, todo ello ejecutado con los papeles cambiados, es decir, desempeñando los hombres los papeles de las mujeres y las mujeres los de los hombres.

*El Siglo* censuró acremente semejante ocurrencia, que sin embargo se repitió con buen éxito pecuniario, y á propósito dijo: "¡Qué divertido, qué lindo ver salir al Sr. Viñolas, lleno de barbas, haciendo el papel de niña! ¡Qué hermoso oír la coqueta voz del Sr. Armario, y qué cómico contemplar á la Srita. López vestida como muñeco de trapo, dando descompasados chillidos! En cuanto á la Sra. Peluffo, se disfrazó tanto que fué imposible reconocer debajo de la levita á la

famosa y apreciable actriz. *El Jaleo de Jerez* por el Sr. Máiquez, vestido de *chula*, coronó la obra; nada de gracia, nada de gallardía en los movimientos, y muy al contrario, unos licenciosos y descompasados saltos y piruetas que maldita la gracia que tenían. Pero, en fin, cada cual hace de su capa un sayo, y la Empresa dirá muy bien cuando diga que su dinero le cuesta el arrendamiento, y que si D. José Joaquín Rosas no le chista, menos tienen que meterse en lo que no les importa los periodistas. En cuanto á los actores, si nos atrevemos á aconsejarles que tengan más conciencia, más dignidad de su mérito y de su carrera. ¿Por qué el Sr. Viñolas, la Sra. Peluffo y la aplicadísima López se han de degradar hasta ponerse al nivel de los payasos de las maromas? Respecto á los Sres. Vallete y Armenta, era visible su mortificación y la repugnancia con que concurrían á esa peregrina invención . . . . . pero el público aplaudió!"

Terminemos aquí este capítulo, prometiéndonos verdaderas novedades y más cultos espectáculos para el interesante año teatral de 1849.

## CAPITULO XIII

1849

De acuerdo con la costumbre que quería que nuestros teatros se cesasen durante la Cuaresma, los meses que en 1849 la precedieron, se dedicaron á funciones de beneficio, de las cuales sólo las más señaladas mencionaré. Pero antes, y al paso, citemos el estreno de *El Judío*, verificado el domingo 7 de Enero, que valió, á lo que parece, frescos laureles á un joven ya célebre, por el famoso escándalo de Nuevo México, á su tiempo referido. *El Judío* fué un drama en tres actos traducido del francés por D. Miguel Badillo, y de ello dijo *El Siglo*: "La traducción, según pudimos notar, es correcta y el lenguaje es fluido y castizo; nos parece que es muy digno de elogiarse el que los jóvenes se dediquen en sus ratos de ocio á este género de trabajos literarios, y el Sr. Badillo debe animarse á emprender otras traducciones." No mereció los mismos elogios el traductor no conocido de *El Héroe de la Grecia*, drama estrenado en el beneficio de D. Pedro Viñolas: la traducción estaba en verso, y, habla *El Siglo*, "en algunas escenas se conoce que el autor anduvo escaso de consonantes, y por salir del paso hizo concertar *Teodoro* con *socorro* y *muchos* con *agudo*."

En el beneficio de la distinguidísima Rosa Peluffo, el 24 de Enero,